

**BORDA,
UN
HITO
INDESTRUCTIBLE
EN LA
UNION
DE
COLOMBIA
Y
PERU**

*Discurso pronunciado en Lima,
Perú, en el acto de repatriación
de los restos del Coronel de
Artillería, José Cornelio Borda,
Ingeniero Militar Colombiano.*



Brig. General MIGUEL A. PEÑA BERNAL

Las altruistas palabras que sobre el señor Coronel José Cornelio Borda, acabamos de oír, corresponden a la nobleza y exquisita discreción, fiel reflejo de la calidad del pueblo peruano, que siempre ha sabido adecuar sus actitudes a los ennoblecedores senti-

mientos de cordialidad y de mutua estimación

Al exaltar, en la figura de José Cornelio Borda, a mi Patria, Colombia, deseo expresar en nombre de las Fuerzas Armadas y de la Nación entera, la gratitud por tan elogiosos conceptos, y el gesto fraterno que ha tenido el Perú, al autorizar la repatriación de los restos, de este paladín de la independencia americana.

En este primer centenario del glorioso 2 de mayo de 1866, quienes hemos tenido el privilegio de acompañar con el corazón al pueblo peruano, en todos y cada uno de los significativos actos celebrados, llevamos impreso en el alma, la admiración y gratitud con que se ha medido el sacrificio de José Cornelio Borda y de sus compañeros peruanos. En ellos, hemos encontrado la comunión de la Patria.

Ayer, recibió el Perú a Borda como un patriota más, y su holocausto, ¡cuán engrandecido y honrado ha sido durante esta centuria! Hoy, sus restos retornan el camino hacia el suelo que lo vio nacer y la patria peruana lo despide con los honores reservados a sus héroes dilectos. Grandes gestos, que no son extraños en la cadena de solidaridad que une a nuestros pueblos.

La Historia de Colombia y del Perú, ¡cuántas páginas admirables de fraternización, de ideales y sacrificios comunes registra!

Si en el devenir de esta magistral historia, aparecen algunas inquietudes y preocupaciones por la división de la antigua heredad, hoy esas inquietudes, se han convertido en el fanal de inextinguible luz, que muestra a la faz del mundo, dos pueblos unidos en la misma fé, y con un mismo fin histórico, acorde con la grandeza de su estirpe.

Nuestro mundo vive un momento crucial, en el cual las relaciones humanas, basadas en la verdad y la fraternidad, constituyen el nervio vital que forjará el futuro de los pueblos.

Pero este aspecto adquiere aún mayor significación, tratándose de dos países hermanos empeñados no sólo en el diario y vigoroso trabajo, sino en el acrecentamiento de su fé en un futuro de sólida comprensión, que nos dará frutos espirituales más valiosos, que los cosechados con el esfuerzo material.

Considero inútil relievár las virtudes que adornaron al Coronel José Cornelio Borda, pues el Perú abunda en conocimiento de la vida y hechos de este insigne soldado colombiano.

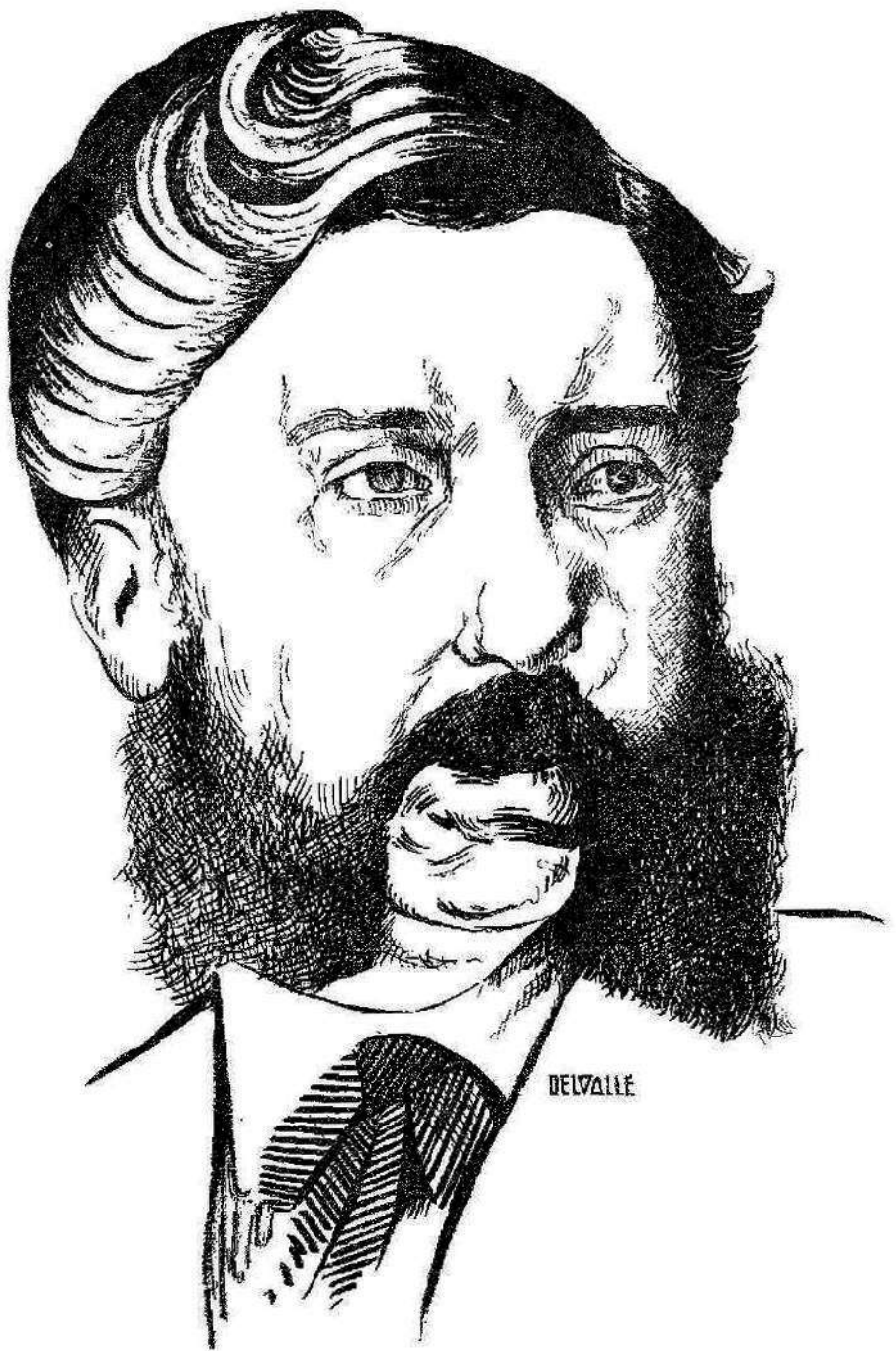
Su efigie, que en nombre de mi Gobierno, hoy entregamos, testimoniará los afectos de la amistad y de la admiración que mi Patria profesa y quiere mantener perdurablemente con el pueblo peruano.

La figura de Borda, colocada al lado de los heroicos soldados sacrificados en aras de la gloriosa libertad, el 2 de mayo de 1866, dirá por siempre a las generaciones venideras, del sentimiento de este colombiano, que rindió su vida por los ideales que palpitan en el alma peruana de aquella época, y a los cuales no dudó en entregar su espada, y en cuyos destinos presintió la grandeza de esta hermosa república.

Su amor por la libertad y el destino de una América grande y libre, fueron la savia de su extraordinaria juventud, a la cual unía, la luz del intelecto, que a tan temprana edad, le permitió en base de su consagración y de sus conocimientos técnicos, ser el constructor de las vías férreas de la capital del Sena, y por su eficiencia, ser nombrado Ingeniero Jefe de los ferrocarriles que había construido.

Pero si la fama le abría las puertas de Francia, invitándole a una vida de holgura, el amor a la tierra de sus mayores fue más fuerte y lo llevó de nuevo a su Bogotá amada.

Allí, su habilidad y su genio, lo convierten en artífice excepcional. De la nada, surgen los talleres y laboratorios, que producen los hornos y utensilios



Coronel JOSE CORNELIO BORDA

indispensables para obtener los sub-productos de la sal. Es a la vez profesor de química y de física y la multiplicidad de sus conocimientos y capacidades, lo llevan en 1859 a ocupar el alto cargo de Director del Observatorio Astronómico Nacional, instituto, que constituía la máxima expresión de la cultura americana de aquella época.

Llega el año de 1860 y la tierra colombiana se conmueve con la guerra civil.

Borda vuelve a vestir el uniforme militar, con el cual inició su estelar carrera.

Corría el año de 1848, cuando Borda ingresó, junto con un selectísimo grupo de jóvenes, al primer Colegio Militar organizado en Colombia, después de consolidada la Independencia. El fin de este instituto, como textualmente dice la Ley de su fundación: "Fue el de formar oficiales científicos de Estado Mayor, de ingenieros, artillería, caballería, infantería e ingenieros civiles".

En 1851, tras de cuatro años de estudios, recibe su grado como Ingeniero Civil y Militar, carrera que perfeccionó más tarde en Francia.

Con su acendrado sentimiento por la legitimidad, ocupa su puesto en el Batallón 3º de Artillería de la 6ª División. Cuatro campañas, trece acciones de armas, en todas las cuales obtiene mención especial por su sobresaliente actuación, son su Haber de combatiente.

En medio del fragor de las campañas, logra con su ciencia de ingeniero, dar el primer rayado a los cañones de que se tenga noticia en América, beneficio y conocimiento que haría extensivos más tarde al Perú y Chile.

La suerte de la guerra fue esquiva con el gobierno y el Coronel Borda, se vió obligado a viajar a El Callao y de allí a Lima, a casa de su tío Don José

María Sarmiento quien ejercía como médico en esta ciudad.

Los históricos sucesos de 1864, que conmovieron a la América, tuvieron especial repercusión en Colombia. En la capital, el pueblo encabezado por el Presidente General Tomás Cipriano de Mosquera, se dirigió desde el Palacio de San Carlos a la Sede de la Legación del Perú, donde en nombre del País, ofreció la incondicional colaboración ante la emergencia.

Fiel reflejo de estos sentimientos, fue la actitud de Borda, quien sintió revivir en sus venas la sangre de los héroes de la magna epopeya libertadora, y en consecuencia, puso a disposición del gobierno peruano, presidido por el señor General Don Mariano Ignacio Prado, su espada y sus conocimientos profesionales de Ingeniero Militar.

El Callao fue testigo de su heroicidad... En un relámpago de la eternidad, en un segundo del tiempo, en un suspiro, en un instante, se apagó su ser... ¡Un destello de luz, suave y tranquilo, lo inició a la vida!... Un resplandor de trueno, una explosión de fuerzas contenidas, lo inició a la inmortalidad...

Este es el soldado, cuyos restos, acoge Colombia hoy devotamente, en acto tan trascendental e histórico, teniendo la confianza y la seguridad, que su poliédrica personalidad, es y será un hito más en la ya indestructible unión de nuestros dos pueblos.

Su efigie, fundida en bronce por manos artifices colombianas, será permanente mensajera ante la sociedad peruana, del sentimiento inmanente que inspira a la Patria Colombiana. Cuando sus restos reposen en el Mausoleo de nuestras Fuerzas Armadas, constituirán un fiel y permanente centinela, que demandará de sus compatriotas la solidificación permanente del destino común de Colombia y del Perú.